

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA UNIVERSIDAD COLOMBIANA

Cuando se plantea el tema de la Universidad Colombiana, simultáneamente se toca el tema de la reforma universitaria. Desde hace varios años estos dos temas —uno solo en verdad—, constituyen otro problema más de la abundantísima problemática nacional.

En la búsqueda de soluciones a las dificultades de nuestra universidad y tratando de llevar a cabo una auténtica reforma universitaria, el país ha perdido algo más de 35 años, sin que, hasta el presente, se haya conseguido lo uno ni lo otro.

Es claro que tanto los puntos de partida como los planteamientos teóricos generales sobre la Universidad Colombiana se han considerado como un tema especializado, que debe preocupar únicamente a las personas íntimamente relacionadas con el asunto, (profesores, estudiantes), y que sólo puede ser resuelto por aquellos individuos que dominan la "materia" y que se dice la conocen a fondo, (políticos, planificadores, funcionarios especializados, etc...), dejando de lado el contexto nacional todo y, en buena medida, desconociendo el discurrir de la historia cultural de Hispanoamérica en general, y de Colombia en particular.

Se patentiza así, a otro nivel, un fenómeno típico y caracterizador de la última etapa de nuestra universidad: el divorcio entre ella y la sociedad que la constituye y a la que, necesariamente, debe refluir.

La existencia, desarrollo y reforma de la universidad se ha planteado en forma aislada; la cuestión se ha considerado como un problema singular, lejano al problema total de reforma general de la educación. Pero como, además, la planeación educacional en todos los niveles se ha realizado con el mismo criterio, sin avocar el problema desde su punto de partida y en su conjunto, nos encontramos con que la universidad —su prospección y desarrollo— es la síntesis de todos los errores cometidos en el planteamiento básico, y dado que el nivel de conciencia de sus integrantes es otro y diferente su problemática, la institución tiene que hacer crisis y crear una imagen equívoca de sí misma.

Cabe preguntarnos qué vínculo une a la universidad con la nación? Surge aquí otra de las frecuentes paradojas que se presentan a lo

largo y ancho de la historia colombiana. La universidad se halla determinada por la atmósfera cultural del país, sin que pueda —a pesar de su condición de centro rector de cultura— modificar esa atmósfera, frustrando su aspiración de convertirse en factor determinante del desarrollo científico — cultural. Su función social se reduce a “doctorar” a sus estudiantes, y a concederles un cartón con el cual deben enfrentarse a las vicisitudes de su propia existencia y teóricamente contribuir al desarrollo de un país, de un pueblo que desconocen y que no figura, en manera alguna, entre sus enunciados futuros.

La estructura actual de la universidad ha limitado, cuando no cortado de tajo, toda sensibilidad social, todo propósito de entrega a la causa del servicio general, toda vocación de desarrollo científico y cultural, toda conciencia nacional, para decirlo utilizando el lugar común.

El producto de la Universidad Colombiana es una pseudo-burguesía con mentalidad de hombre de negocios, para la cual la universidad no es otra cosa que un eslabón más en el proceso de adquisiciones individuales y el camino de “infinitas” posibilidades económicas, sociales y políticas. Esta pseudo-burguesía permanece alejada del país histórico, se constituye en elemento retardatorio por excelencia, y sólo permite y le interesa el desarrollo de la sociedad en la medida que ello le signifique su propio mejoramiento individual y su ascenso en los medios económicos y sociales. Para este producto universitario la ciencia y la cultura siguen siendo elementos exóticos, sin vigencia alguna.

No ha sido necesario un largo período cronológico, a la manera de las viejas sociedades, ni una antagónica y crítica situación política: revoluciones, cambios bruscos de poder y gobierno, golpes castrenses, para desvirtuar por completo la función de la universidad y para modificar radicalmente su esencia.

Es que acaso cumple ella a cabalidad sus cometidos y fines fundamentales y básicos? Es ella, como la caracterizaba Max Scheler, la conservadora y transmisora de los más altos bienes del saber y de la cultura? Cumple con dar enseñanza, instrucción metódica, y preparación especializada y adecuada a las personas que el país requiere? Se plantea una auténtica labor de desarrollo y cuidado de la investigación científica? Difunde de manera adecuada entre las diversas clases y estratos sociales los bienes de la cultura? Y, agregaríamos nosotros, participa, como le corresponde de la problemática histórica, social y cultural del medio en que se desarrolla y del cual se nutre?

Seguramente para responder a estos interrogantes y para llevar a cabo una adecuada transformación de la universidad, los expertos —olvidándose de las fuentes y de los orígenes de la nuestra—, han recurrido a modelos experimentados e impuestos por sociedades en pleno desarrollo, de grandes posibilidades económicas y de conformación etnográfica, social, política e histórica absolutamente diferente a la de los pueblos de Hispanoamérica.

En nuestro afán de imitación hemos perdido el hilo de nuestro propio acontecer y nuestra capacidad de evolucionar sobre lo que nos conforma. El proceso de "extranjerización" de la universidad colombiana se advierte en todos los estamentos que la constituyen, desde los periódicos cambios de programas y textos, (siempre acordes con las últimas imposiciones), hasta las simples denominaciones que se dan a los cargos de profesores y personal administrativo, tomadas y traducidas literalmente de otras lenguas. Esto para no hablar en detalle de las formas de planeación y de redistribución académica aconsejados oficialmente.

En ciertos países más desarrollados ya han advertido cómo la universidad se constituyó en el tercer mundo, en campo de lucha entre las formas del pensar y el ser nacionales y las distintas modalidades de la penetración. Nosotros seguimos desconociendo el fenómeno sin darnos cuenta de que ya no se trata sólo de una lucha económica sino que ella se ha tornado en una lucha cultural, en la que la universidad es el núcleo —gravemente herido—, y último reducto de una ulterior praxis auténticamente nacional. Quizás no sea exagerado afirmar que en nuestra universidad controlada, casi en su totalidad por los poderes extranjeros, ni siquiera se dan los factores dialécticos que le permitirán proyectarse eficazmente sobre el futuro.

No es nada nuevo afirmar que para un observador desapercibido la abundancia de centros universitarios constituye un elemento de sorpresa y un interrogante de difícil solución. Cómo explicar que una sola ciudad como Bogotá tenga más universidades que varios países europeos juntos? Cuál es el criterio con el que se han creado tantos centros docentes a nivel universitario? Cuál la política estatal respecto de estas creaciones hechas por particulares? Aún a riesgo de equivocarnos creemos que estas preguntas podrían ser absueltas con alguna solvencia; pero no sucede lo mismo cuando inquirimos por el profesorado que requieren tantos organismos educativos.

Cuenta el país con el suficiente número de profesionales capacitados y calificados que puedan ejercer la actividad docente, cumpliendo los requerimientos que una alta labor pedagógica exige? O ha sido necesario, como en efecto ha sucedido, echar mano de cualquier elemento que quiera dedicarse a la "secundaria" actividad docente, para en esa forma poder cubrir las exigencias que demanda una carrera universitaria? O contratar profesionales de éxito que deben combinar su propia actividad profesional con la docencia? Los resultados saltan a la vista y no merecerían comentario aparte sino fueran verdaderamente graves para la educación universitaria. El primero de ellos sin duda novedoso es el de considerar la carrera docente como una actividad secundaria y poco importante, a la que se debe llegar no por vocación, estudio y formación sino más bien, por frustración o fracaso en la actividad profesional. Se menosprecia así al trabajador docente y, en cierta manera, se niega la existencia de esa actividad. Por lo mismo las personas que a ella se dedican no deben tener la remuneración y

las prerrogativas de otras actividades profesionales que se consideran más "útiles" y valiosas para la sociedad y el estado y, en sentido estricto, tampoco se les puede entregar a ellas el gobierno y cuidado de la institución, pues no reúnen las condiciones que garanticen el funcionamiento de la misma. Otro resultado práctico, consecuencia de la abundancia de organismos a que nos venimos refiriendo, es el de situar al estudiante en un determinado nivel académico y socio-económico. Como no todos los centros universitarios ofrecen los mismos programas, ni profesorado igualmente competente, ni el mismo costo de matrículas, ni las mismas posibilidades de especialización dentro o fuera del país, se crea de hecho una discriminación que naturalmente repercute en las posibilidades profesionales de cada uno de los alumnos. Se contribuye a consolidar el desueto sistema clasista, haciéndolo operante ya no sólo en la estructura social sino también en la actividad educativa. De esa manera el proceso que se inició en la educación elemental se lleva a sus últimas consecuencias y se consolida en la universidad.

No son los mejores quienes tienen las mejores oportunidades sino los favorecidos por otros factores ajenos al medio académico y a veces en clara oposición con él. Para reaccionar contra esta organización abiertamente retardataria el estudiante no tiene otra alternativa que asimilarse, con lo cual se está poniendo al servicio de los varios intereses que controlan nuestra educación universitaria y dejando de lado la casi totalidad de los presupuestos que lo condujeron a ella.

Otro factor que merece ser tenido en cuenta es el de la mal llamada politización de la universidad. Se comprende que todo organismo en el que están en juego intereses culturales, científicos, profesionales, económicos debe relacionarse estrechamente con los factores políticos en juego, más todavía en una sociedad en desarrollo que busca afanosamente su propio camino en medio de las más aberrantes influencias e imposiciones de pueblos más desarrollados y más poderosos económicamente.

En el "libre" juego de las posibilidades políticas la universidad se halla sometida a todo género de presiones sin el respaldo de una auténtica filosofía política. En esta situación el papel preponderante lo desempeñan los intereses económicos de penetración, que buscan seguir haciendo de Hispanoamérica fecundo campo de sus actividades. El segundo papel está cubierto por los intereses políticos domésticos —estrechamente relacionados con los primeros—, que han hecho de la universidad un instrumento para conseguir resultados electorales favorables y ventajas políticas, no importa que para ello sea necesario negar la razón misma de la institución.

Y cuál es la postura del estado ante este complicado panorama de la universidad Colombiana? Es un mero observador de cuanto va sucediendo sin atreverse a establecer una pauta que sirva de derrotero para el desarrollo de una verdadera universidad Colombiana? El estado condicionado y maniatado, en este campo como en otros, no puede sino

contribuir a que cada día se aleje de sus manos el auténtico país histórico-cultural que se le confió.

Por todo ello no es extraño que se hable de persecución a la cultura, pues si no la hay en el sentido estricto sí existe en cambio un total abandono de ella, lo cual en cierta manera puede entenderse como una modalidad de la persecución. Pero no se trata sólo de aquello que llamamos "cultura", está también en el juego la ciencia, con todas sus implicaciones históricas, económicas y sociales. Ella también se resiente de este largo abandono estatal y se ve afectada por la ambigüedad, por la ibridez de sistemas y filosofías, y por la falta de planeación, programas y perspectiva histórica.

La universidad prosigue su transcurrir sin prospectar su mañana, sin ninguna confianza en sí misma, pendiente de la última moda, sometida a toda clase de juegos y presiones, sin una ideología que la oriente y sin que nadie la defienda. El propio estado le volvió la espalda hace tiempo, mientras que aquellos que usufructúan la educación siguen sosteniendo que "es el estado el que debe ser como la universidad y no la universidad como lo decida el estado".

Parecería que hemos olvidado, y para siempre, que existió y debe existir un tipo de universidad Colombiana, Latinoamericana si se quiere, estrechamente ligada a su contexto socio-cultural, y que ella tiene tanto derecho y más a perdurar —pues sus raíces se confunden con el origen mismo del continente— que otra cualquiera de cualquier latitud del mundo occidental o no occidental.

Clara ratificación de lo antes dicho son las respuestas que los voceros oficiales han dado a las inquietudes de la universidad colombiana y al por ellos llamado "último experimento", puesto en marcha en la universidad más importante del país.

I. CH.

* * * * *

